

Función de la filosofía en América Latina. Dos interpretaciones del pensamiento Latinoamericano: el Río de la Plata y la América Mestiza

María Elena Rodríguez de Magis

México

Los países que constituyen la América Latina tienen abundantes matices que los caracterizan y que han producido, a lo largo de su vida como naciones, diferentes respuestas a la problemática que los ha afectado. Dentro de estas respuestas ha sido especialmente importante la ideología surgida de la historia de América.

En la América de colonización española se pueden marcar dos áreas definidas; una, la de los países que ocupan las llanuras del Plata, de formación y constitución marcadamente europea y la otra, la mestiza, en donde los grupos indígenas fueron numerosos y formaron una población de diferente carácter.

La época colonial tiene en la historia argentina y uruguaya una enorme trascendencia, pues ella constituye su pasado más remoto. Quizás este solo hecho basta para marcar una profunda diferencia con muchos de los países de la América española. Así mientras que en el Perú o México los conquistadores y colonizadores encontraron un mundo rico, lleno de bienes materiales y con poblaciones de un avanzado desarrollo, las llanuras del Río de la Plata, con grupos aborígenes de escasa densidad, sin riquezas metalíferas de obtención fácil, produjo más decepción que entusiasmo en los primeros españoles. La naturaleza y la población no ofrecieron mayor resistencia a la penetración, pero tampoco eran muy promisoras (a diferencia del Perú o México). En el mejor de los casos se podía vislumbrar que en un futuro de trabajos y esfuerzos esas llanuras se convertirían en una fuente de riqueza. Así la colonización de esta zona adopta

caracteres distintos de los que configuraron la colonización española en el área de los imperios Inca y Azteca. En éstos se pudo rehacer el mundo señorial de la España medieval ya que fue posible disponer no sólo de tierras y minas de oro y plata, sino también de vasallos que proporcionaron mano de obra abundante con la que se explotó tierras y minas con enormes ganancias. Y el colonizador pudo así reproducir en esas áreas el mundo aristocrático del que provenía; de ahí que adoptara una modalidad muy especial frente a la población nativa. En cambio, la situación en los márgenes del Río de la Plata fue muy diferente: allí fue necesario el trabajo personal, ya que la población indígena no sólo era escasa, sino que tenía un bajísimo desarrollo cultural. España podía montar una organización casi feudal sobre las bases de los antiguos imperios indígenas, pero no podía hacer lo mismo en una región en que éstos no existían. La falta de trabajadores indígenas en la cantidad que requería la empresa que se iba a realizar determinó que las relaciones entre conquistadores y conquistados tuviera un carácter muy peculiar y la sociedad a que va a dar origen tiene elementos del mundo moderno. En el Río de la Plata la colonia no fue reflejo de ese mundo señorial de la metrópoli sino que se organizó con muchas de las modalidades que caracterizan a la burguesía moderna, siendo quizás la principal de ellas el hecho de que la riqueza se logra como resultado del trabajo personal y a través del comercio.

La evolución posterior a la colonización española en América mantiene en todo el continente estas dos líneas. Y en la segunda mitad del siglo XIX, se nota ya en la América llamada mestiza, la asimilación paulatina de las tendencias europeas junto a la revalorización de las raíces indígenas. En el Plata en cambio, se ve una orientación muy diferente. Las generaciones que organizaron países como la Argentina y el Uruguay a pesar de las diferencias que hemos señalado, están originariamente dentro del contexto latinoamericano; pero la falta de tradición indígena las hace caer en una excesiva admiración por la cultura europea, y la escasa densidad demográfica las impulsa a una política migratoria que va a cambiar la estructura misma de estos países. El flujo migratorio va a producir, en poco tiempo, una modificación substancial que trae como consecuencia el nacimiento de una clase media numerosa que, va a convertirse para finales

del siglo en un fuerte grupo de presión. En la América mestiza, en cambio, el surgimiento de la clase media va a ser bastante posterior. Los grupos criollos mantienen en ella, por mucho más tiempo los esquemas estructurales que recibieron de la colonia. Aunque éstos se fueron modificando paulatinamente lo hicieron en forma muy desigual: mientras en países como México se produjeron cambios considerables en el comienzo del siglo XX, en Perú las transformaciones se iniciaron en épocas muy recientes y en otros países los esquemas coloniales se mantienen casi intactos.

Realidades sociales y culturales tan distintas, como las que anotamos, han originado, también, corrientes de pensamiento que discrepan o se oponen cuando se trata de caracterizar la idea que se tiene de América Latina.

El año 1925 fue pródigo para la historia intelectual argentina, dio nombre a una generación ilustre –también llamada martinfierrista– cuyos principales representantes fueron Martínez Estrada, Borges y Mallea. Todos los miembros de esta generación tienen una formación europea, pero ello no es obstáculo para sentir un profundo interés por la realidad argentina, interés que los lleva a un “nacionalismo crítico”. Estrictamente no tienen una preocupación latinoamericana; a pesar de esto, cuando destacan los valores positivos de la argentinidad, encontramos que muchos de esos valores son precisamente los que la acercan a los demás países del continente.

Ezequiel Martínez Estrada publica en 1932 su *Radiografía de la pampa* y en 1937 aparece la obra de Eduardo Mallea *Historia de una pasión argentina*. Los dos ensayos están dentro de la tendencia de formar una conciencia argentina, de crear el sentido de la argentinidad.

La corriente europeizante del Río de la Plata –sin embargo– tuvo su posición más extrema en H. A. Murena, miembro de la generación que sigue. En 1954 publicó su libro *El pecado original de América*, con un contenido más amplio que los de Martínez Estrada y Mallea, ya que estos últimos habían analizado casi

exclusivamente la realidad argentina. Murena, en cambio se interesa por toda América. Ahora bien, el hecho de que la temática se amplíe no modifica mucho el enfoque, pues las pautas que ha tomado para sus juicios responden, casi exclusivamente, a algunas realidades del Río de la Plata.

La solución que propone Murena para esta América, que no tiene cultura y que sin embargo necesita vivir y pensar por sí misma, es que realice un parricidio histórico-cultural. Ésta es la única forma, para el autor, de que se pueda encontrar el propio estilo americano a partir del cual las naciones americanas podrían volverse sobre sus orígenes y aceptarlos como base. La tesis de Murena está desposeída por completo de toda valorización positiva del hecho de ser americano, hecho que toma como una fatalidad que hay que asumir y con la que es necesario conformarse.

En los últimos veinte años, la continua crisis política que ha afectado a los países del Plata y que ha tenido una honda repercusión en la sociedad y economías nacionales, unido a una situación internacional cada vez más desfavorable ha dado nueva vigencia a la conciencia latinoamericana. Escritores como Sábato y Cortázar, sólo por dar un ejemplo, se han hecho eco de esta problemática.

Ernesto Sábato enjuicia la situación del argentino y dice que es la del habitante de un país que, "al menos en su zona decisiva, es una fractura entre dos continentes: no somos ni Europa propiamente dicha ni América Latina propiamente dicha". Con una población racialmente descendiente de europeos, que están geográfica e históricamente perteneciendo al nuevo continente, Sábato sostiene que son numerosas las cosas en común que el país tiene con sus hermanos de América, empezando por el idioma y el origen histórico. Cree que a pesar de estos lazos la cultura argentina tiene que ser distinta precisamente por las diferencias. Reconoce que esto se hace más evidente en la literatura contemporánea. Se ha insistido que la literatura argentina actual no es representativa de la América Latina, y que no es auténtica. Piensa que hacer una literatura en la Argentina con personajes indígenas, negros o compañías

bananeras sería hacer literatura fantástica. Cree que en el continente americano pueden existir varias manifestaciones de la cultura y que no son excluyentes unas de otras.

Julio Cortázar vive fuera del país desde hace muchos años y su literatura sin embargo, sigue reflejando las “circunstancias” nacionales. La distancia ha sido un factor importante para darle una visión más continental de la Argentina, que aparece en su pensamiento más insertada en la problemática continental, y no tan segregada del contexto latinoamericano, como la presentan otros intelectuales. A diferencia de Sábato, no marca tanto las discrepancias con el resto del área latinoamericana; creo que en el fondo, éstas no le interesan mucho. Para él la Argentina es en todo, incluso en su cultura, parte de ese Tercer Mundo explotado, colonizado, subdesarrollado.

Su participación ideológica la ha dado colaborando con la Revolución Cubana, con su apoyo moral y mediante una labor de difusión. Así cree ser más útil a la causa latinoamericana en la que tiene más fe y no en seguir aferrado a nacionalismos y patriotismos que nos dividen. Esta idea latinoamericana la lleva incluso al terreno de la literatura y piensa, a diferencia de Sábato, que existe una “larguísima columna vertebral” que “asegura una unidad latinoamericana en el plano literario”. Su obra literaria está al margen de compromisos políticos e ideológicos. Con todo, su actitud personal es bien definida y en sus declaraciones deja clara su posición.

Los pensadores de nuestros días no se han quedado al margen de la grave crisis por que atraviesa la Argentina y han iniciado un movimiento que denominaron “filosofía de la liberación”. En el mismo la filosofía se entiende como un instrumento desenajenante del hombre de nuestro continente para terminar con la dependencia. Dos de los principales miembros de este movimiento, Arturo Andrés Roig y Enrique Dussel, han analizado ampliamente esta temática.

En el Perú comienza a fines del siglo pasado una corriente de pensamiento consciente de la situación del país y de América. Iniciada por Manuel González

Prada y continuada, con diferentes matices, por José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, ha encontrado destacados representantes en Augusto Salazar Bondy y Francisco Miró Quesada. Este último, de formación filosófica muy vasta y que ha trabajado durante toda su carrera en investigaciones netamente académicas, entra en la corriente que él llama ideológica y se preocupa por fundamentar filosóficamente el movimiento político llamado Acción Popular, del cual es uno de los principales dirigentes. La preocupación de Miró Quesada es crear una ideología humanística, utilizando para esto patrones filosóficos diferentes. Para él, la gran limitación del pensamiento occidental ha sido crear un hombre abstracto, transformar al hombre en una teoría, un ente abstracto. Trasladado a América el pensamiento occidental por pequeñas minorías, crearon países, gobiernos y leyes abstractas. Esta serie de abstracciones produce, para Miró Quesada, un desgarramiento inicial: "Considerado el hombre como una idea, surge ahora como una realidad amenazante". El autor sostiene que las estructuras sociales de la colonia, en el Perú muy rígidas, se han mantenido casi intactas en el país independiente; así se llega al siglo XX en que el Perú no es un país sino dos, la capital y lo demás que se pierde en lo desconocido. Frente a este desgarramiento encuentra una sola solución: la reconciliación. Para lograr esta reconciliación considera que es imprescindible reconocer en cada peruano un hombre, sin hacer ningún tipo de distinciones, es decir, había que crear una *praxis política* encaminada a la afirmación de la condición humana. Ahora bien, no se podía caer nuevamente en el error de hacer una teoría abstracta, debía ser algo concreto que estuviera al alcance de todos los peruanos. El desgarramiento del país lo había producido el desconocimiento de la población indígena, era entonces necesario afirmar esta población; pero sin negar los valores de la cultura occidental dentro de la cual está inserto el Perú. Afirmar una realidad no quería decir negar otra. Los valores autóctonos del Perú pueden funcionar como complementarios de la cultura occidental y en este sentido el país tiene tradiciones propias, que se pueden ofrecer al mundo como una contribución. El pensamiento de Miró Quesada no sólo es positivo en su valorización de un humanismo pleno, sino que además propone soluciones concretas para la realidad histórica de su país.

En el panorama del pensamiento latinoamericano hay diversas tendencias que aspiran al reconocimiento de América Latina en el ámbito universal. Dentro de estas corrientes hay quien ha ido más lejos y ha tratado de encontrar el sentido o la relación de nuestra historia americana con la historia del mundo. Tal es el caso, en México, de Leopoldo Zea. En toda su fecunda obra estudia el lugar que le corresponde a América dentro de la historia universal. Analiza cómo el americano busca el reconocimiento de la cultura occidental en la que quiere participar siendo algo más que un eco. La originalidad, para este autor, sólo se puede entender por el lugar de origen, por el hombre o pueblo que la expresa, pero no por la forma de expresión, ésta tiene lógicamente que ser la de la cultura occidental, de la que es parte. Las metrópolis europeas demostraron, para Zea, una gran incapacidad para reconocer a las antiguas colonias y la rebeldía no fue contra su cultura, sino contra el tutelaje. Se pregunta ¿qué debe imitar América de Europa?, y contesta, la capacidad que ésta tiene para enfrentar su propia realidad, para tomar conciencia de ella. Si el fruto que resulta de esta toma de conciencia es original, será siempre una consecuencia. Para Zea, Europa espera de América colaboración, no imitación y esta colaboración la va a poder ofrecer si demuestra espíritu y capacidad para enfrentar y resolver los problemas de su mundo. Podrá así obtener el reconocimiento de la cultura occidental, que tanto anhela. Para ser incorporado a la cultura universal, cree que es necesario asimilar el espíritu que ha hecho posible a la cultura occidental. En el análisis de la situación histórica de las dos Américas muestra cómo la América sajona asimiló rápidamente el espíritu occidental mientras que en la América ibera sólo copiaron los frutos y cuando quisieron asimilar el espíritu se encontraron con que había que renunciar al origen. Este fue el problema que se planteó todo el grupo de los llamados emancipadores mentales, que en Hispanoamérica quisieron cortar todos los lazos que nos unían al mundo español. Para Zea este tipo de renunciaciones es absurdo. El americano debe reconocer su doble origen, indio e ibérico, asumirlo, asimilarlo y a partir de ahí empezar a construir su mundo. Europa, dice, cuando entró en la modernidad no negó al medioevo, lo asimiló. Para la incorporación de América en la historia encuentra que hubo muchos factores que lo impidieron; uno muy importante fue que en función con sus limitados intereses, el mundo occidental

se negó a reconocer para otros lo que quería para sí. Explica toda la teoría del progreso, en nombre del cual se justificaron las expansiones en el mundo y cómo el liberalismo sostuvo que los hombres eran diferentes sólo por sus capacidades y así los pueblos inferiores lo eran sólo por accidente, claro que este accidente les resultó fatal. En el momento actual se ha producido la universalización de la cultura occidental y ésta es la que reclaman todos los pueblos. Para Zea la expansión occidental produjo dos tipos de nacionalismos, el expansivo, en nombre del cual se realizó, y el defensivo, que ha surgido frente a aquél. El nacionalismo defensivo es postulado hoy por todos los países de América Latina y el Tercer Mundo y en el anterior, expansivo, está el mundo occidental del cual forman parte desde hace ya mucho, los Estados Unidos. Para Zea, también los iberoamericanos hemos heredado una situación de marginidad de la que ya participaban nuestras metrópolis. El ideal bolivariano inspira la tesis de Leopoldo Zea sobre el futuro de nuestra América; pero mientras Bolívar piensa en una gran nación formada por una comunidad de pueblos que se sientan ligados por algo más que los intereses o la expansión, Zea piensa en una comunidad que empezando por ser hispana podría llegar a ser pura y simplemente humana.

Como se podrá observar las tendencias analizadas en las dos áreas de América Latina tienen un aspecto común, la vuelta a la realidad latinoamericana, esto es, toma de conciencia de la misma. Y de ahí se deriva otro aspecto en que se asemejan los pensamientos expuestos, el salto a la universalidad, una vez que se ha tomado clara conciencia de la realidad, que es propia de esta América. La universalidad deja de ser un simple símbolo para transformarse en una expresión de un hombre concreto, el hombre de esta América.